

El Eco de Cartagena

Diario decano de la Prensa del Reino de Murcia y de la Región de Levante

LUCHEMOS SIN DESCANSO

Todo hombre tiene sus ideales. Se son buenos o serán malos, serán elevados o serán bajos y rastrosos, serán por el triunfo de la buena causa o serán por el triunfo de la mala; pero tienen sus ideales. Aun aquellos que parecen que todo les es indiferente, que nada les importa, que solo piensan en vivir, aun estos digo, examinándolos de tenidamente, veremos que persiguen, que desean, esta, o aquella idea.

Sentado esto, podemos sentar también, que por el triunfo de nuestros ideales todos trabajamos o mejor dicho debemos trabajar, pues el que así no lo hace, es que no los siente, es que no los vive, es que no está comprometido de ellos, y ese es un miembro inútil, un hombre que no debe vivir en sociedad, ni militar bajo ninguna bandera.

En estos tiempos en que todo es de sordos, en que todo es descontraído, que todo está convertido en un muladar, nada más natural que los que tengan ideales opuestos a esos reptiles de la humanidad procuren por todos los medios a su alcance, y cada uno en la medida de sus fuerzas, contrarrestar sus efectos perniciosos, con los saludables efectos de sus levantados ideales, con la propaganda intensísima de la buena causa, a cuya propaganda seguirá como efecto necesario el triunfo.

Y a mayor fuerza del enemigo, mayor resistencia nuestra. Cuando todos los enemigos de la buena causa, cuando todos los elementos del desorden, cuando los de ideales bajos y rastrosos, se unen y nos declaran abierta guerra, nosotros oponamos firmísima resistencia, propagando y dando a conocer nuestros ideales, pues como sanos y elevados, penetrarán en todas las almas, pues el hombre siempre mira y quiere lo alto, y el triunfo a no dudarlo será nuestro, y la cabeza de ese dragón rodando por el suelo bañado en su propia sangre, arrastrará en pos de sí, todo lo malo, todo lo bajo, en una palabra todo: los perniciosos efectos.

El mundo está dividido en dos grandes ejércitos: el ejército del mal, el ejército de Satanás, el ejército de la mala causa, y el ejército del bien, el ejército de Cristo, y el ejército de la buena causa. De uno o de otro será el triunfo, pues la pelea es inevitable, y será de quien nosotros quisiésemos. Los del ejército de Cristo no debemos cruzarnos de brazos y dejar a nuestros enemigos saborear, ni siquiera un instante, el placer de la victoria, pues aunque parezca omnipotentes, aunque parece van arrasar todo, con un poco de lucha, con un poco de ánimo, con un poco de esfuerzo, lograremos estralar esa aguja a poco de levantar su vuelo, pues la unión es la que da la victoria, y en ellos no hay unión, no hay conformidad, todo es desorden, y además porque lo malo no puede triunfar.

El más inferior de los soldados de la buena causa, del ejército de Cristo, perfectamente comprometido con estos levantados ideales, sólo pretenda con estas mal vivanadas líneas, ver de su mar algún soldado más, bajo esa inmaculada bandera, despertar y dar la voz de alerta, a los que a pesar de poder hacer mucho están dormidos o adormecidos, y a los que ya se cubijen bajo sus pliegues, animarlos a luchar en la fiera y ensangrentada pelea y no desmayar en las batallas que se están librando contra nuestros enemigos.

Luchemos todos con el mayor entusiasmo y con todas las posibilidades, por el triunfo de Cristo. Que Cristo penetre en todos los corazones, pues con esto lograremos el triunfo de la buena causa en todos los órdenes: en el religioso, en el político y en el social. Triunfarán las ideas de orden, triunfarán los sanos ideales, triunfará la política salvadora de los pueblos, y con esto daremos una base firmísima a la sociedad, sobre la cual labra su verdadera progreso y engrandecimiento, y salvaremos a nuestra querida Patria, a nuestra amada España, del abismo a que queremos conducirlos, unos que parece no tienen madre, que no saben lo que es amor...

F. M. B.

A las Marias y Juanos de los Sagrarios-Calvarios

Mañana, primer viernes de mes, celebráis vuestra fiesta en la histórica iglesia Catedral de esta ciudad. Mañana, siguiendo la costumbre piadosa y edificante, acudiréis como todos los meses a postraros reverentes ante Jesús Sacramentado.

¡Hermosa Institución la vuestra que así rinde culto al Rey de Reyes, al que nos ofrece la mejor vida, la más feliz y dichosa de cuantas podemos ambicionar! Venid a mí—nos dice—yo soy la vida eterna. Si queréis la vida de la inteligencia, yo soy la verdad; si anheláis la vida del corazón, la vida de los afectos, la vida que se traduce en obras, yo soy el camino.

Y nosotros intentamos seguirle atraídos por esas dulces palabras que sirven de bálsamo a nuestro corazón destruido por los azares de la turbulenta existencia que nos vemos obligados a llevar en este mundo abito de miserias y desengaños.

Solo un camino conduce hasta él: el de la Eucaristía. San Alfonso María de Liguori, en sus «Visitas al Santísimo Sacramento» nos dice abrazado su corazón en ese fuego divino: «No dejes alma piadosa pasar un solo día, sin ir a una Iglesia y conversar al pie del sagrario siquiera por un cuarto de hora. Está segura que el tiempo pasado devotamente en presencia de la sagrada Eucaristía será el que te dé más ventajas en tu vida así como más consolaciones en la hora de tu muerte y durante la eternidad». Un alma que permanece recogida un rato delante de Jesús Sacramentado recibe más consolaciones que las que el mundo podría proporcionar con todos sus placeres.

Vosotros Marias de los Sagrarios Calvarios y discípulos de S. Juan, tenéis la honra de pertenecer a una de las Asociaciones más privilegiadas de la Iglesia Católica. Debéis pues dar ejemplo de fervor concurriendo todos los primeros viernes de cada mes a los cultos y ostentando en ellos vuestras insignias con el orgullo con que un soldado mostraría la Cruz laureada de S. Fernando.

Pensad que sois los predilectos del Divino Redentor, los que él ha escogido para que le tributen sus alabanzas, entonando himnos de amor al «Prisionero del Tabernáculo». Pensad que debéis dar ejemplo, concurriendo puntualmente, abandonando todos los quehaceres mundanos para postrarse ante el Sagrario y ofrecer allí vuestra vida, vuestras acciones todas, en desagravio de tantas almas ingratas que desoyen esta voz divina y no ayudan a rendirle público reconocimiento al que es resurrección y vida, al que por un momento de oración nos brinda con las delicias del cielo.

Francisco de Asís.

¡Qué dulce es la canción que de tu boca con alas blancas a lo azul voló, y que, a la par que lo pasado evocó, mi espíritu, sereno, adormeció!

¡Qué dulce es tu canción Fresca ternura de alborozo, y tristeza y laguides, al invadir mi corazón, turbada el alma me dejó por otra vez.

Y la alondra, la alondra que dormía desde el primer amor dentro de mí; y el nido abandonado que aquí tenía, y en pos de canción volar la vi.

No torneas más a esta mansión de hielo, fugitiva que va tras lo ideal, y traspasa lo azul, penetra al cielo, sumérgete en la luz que hace inmortal.

¡No torneas más! Tu nido abandonado piadoso ha de guardar mi corazón: en él pondré mi sueño más amado...

¡Oh qué dulce, que dulce es tu canción!

Baldino Davalos.

El Real Club Náutico del Mar Menor presentaba brillantísimo aspecto la noche del 30 del pasado mes. Iluminado con profusión de focos eléctricos y faros a la veneciana y luciendo como adornos preciosos y artísticas guirnaladas, ofrecía un conjunto deslumbrador.

Puede decirse sin incurrir en exageraciones, que ha celebrado la fiesta más simpática y hermosa de cuantas se han llevado a cabo en esta deliciosa playa. Lo más selecto y distinguido de Cartagena, La Unión, Murcia y las colinas veraniegas vecinas se habían dado cita para concurrir a esta fiesta.

La orquesta del Club y organillos engalanados con verdadero gusto amenizaban el acto e innumerables cohetes surcaban el espacio, anunciando que la verbena había comenzado.

A las diez de la noche, la estancia en el Salón se hacía completamente imposible, había dado comienzo la verbena y el cronista declara ingenuamente que jamás vio tanta muchacha bonita reunida, tal profusión de joyas de la belleza humana adornadas con soberbios mantones de Manila o luciendo variedad de trajes de gitana, de bohemia y de finisimas e irreprochables toilette de Salón.

A las doce de la noche, dió comienzo el certamen de belleza, que obtuvo un éxito brillantísimo. El jurado, constituido por prestigiosas personalidades, declaró con sinceridad lo imposible de la tarea, porque ¿cómo elegir la belleza entre tanta hermosura? Tenemos que reconocer que era una labor difícilísima y por eso hubo de afirmar, que todas las muchachas allí presentes merecían el premio, pero que en la imposibilidad de llenar de ese modo su misión eligían como reina de la belleza a la encantadora señorita Cecilia Waudosell y como corte de la misma con primeros premios, a las no menos encantadoras señoritas Blancaquinta Manzanares, Mercedes Luengo, Enriqueta Gimeno y Lolita Vidal. Un aplauso unánime y entusiasta acogió el veredicto y a los acordes de la Marcha Real subió al trono la reina, del brazo del presidente del Jurado, seguida de su corte y entre los aplausos de la multitud. Fué un momento de emoción extraordinaria y verdaderamente encantadora. Un monumental ramo de flores, en cuya base se leía con caracteres hechos de siempreverivas: «Premio a la belleza. Los Alcázares, 1919» y un precioso espejo biselado, marco de plata y respaldo de finísima caoba, fueron adjudicados a la Reina, y artísticos y elegantes objetos de plata y oro, de una acreditada casa madrileña, a los restantes premios de belleza.

Por último, en cuanto a este certamen he de decir que el Jurado, constituido por don Carlos Soriano, presidente, y los vocales don Justo Aznar, D. José Fontes, D. Agustín Carlos Roca, D. Juan Antonio Carrión, D. Severino Martínez Conde y don Salvador Pascual cumplieron su misión con delicadeza exquisita y teniendo en cuenta lo difícil del asunto no pudieron proceder con una mayor discreción, por lo que haremos piácosos y enhorabuena.

Acto seguido se constituye el Jurado para el concurso de mantones, presidiéndolo la Excmo. Condesa de la Alcañal e integrado por las señoras doña Rosa Bowron de Carmona, D.ª Carmen Salmerón de Carrión, doña María Salmerón de Aznar, doña Irene Cantó de Boler y doña Cipitilde Waudosell de Olmos.

El premio de honor fué concedido a señorita Emma Martínez; primer premio señorita María Navarro; segundo señorita Anita Díaz de Herrera; tercero señorita Angelita López Higuera; cuarto señorita Pepita Gallana; quinto señorita Antonia Martínez; sexto señorita Lolita Carmona y séptimo señorita

¡Qué dulce es la canción que de tu boca con alas blancas a lo azul voló, y que, a la par que lo pasado evocó, mi espíritu, sereno, adormeció!

¡Qué dulce es tu canción Fresca ternura de alborozo, y tristeza y laguides, al invadir mi corazón, turbada el alma me dejó por otra vez.

Y la alondra, la alondra que dormía desde el primer amor dentro de mí; y el nido abandonado que aquí tenía, y en pos de canción volar la vi.

No torneas más a esta mansión de hielo, fugitiva que va tras lo ideal, y traspasa lo azul, penetra al cielo, sumérgete en la luz que hace inmortal.

¡No torneas más! Tu nido abandonado piadoso ha de guardar mi corazón: en él pondré mi sueño más amado...

¡Oh qué dulce, que dulce es tu canción!

Baldino Davalos.

El mundo está dividido en dos grandes ejércitos: el ejército del mal, el ejército de Satanás, el ejército de la mala causa, y el ejército del bien, el ejército de Cristo, y el ejército de la buena causa. De uno o de otro será el triunfo, pues la pelea es inevitable, y será de quien nosotros quisiésemos. Los del ejército de Cristo no debemos cruzarnos de brazos y dejar a nuestros enemigos saborear, ni siquiera un instante, el placer de la victoria, pues aunque parece omnipotentes, aunque parece van arrasar todo, con un poco de lucha, con un poco de ánimo, con un poco de esfuerzo, lograremos estralar esa aguja a poco de levantar su vuelo, pues la unión es la que da la victoria, y en ellos no hay unión, no hay conformidad, todo es desorden, y además porque lo malo no puede triunfar.

El más inferior de los soldados de la buena causa, del ejército de Cristo, perfectamente comprometido con estos levantados ideales, sólo pretenda con estas mal vivanadas líneas, ver de su mar algún soldado más, bajo esa inmaculada bandera, despertar y dar la voz de alerta, a los que a pesar de poder hacer mucho están dormidos o adormecidos, y a los que ya se cubijen bajo sus pliegues, animarlos a luchar en la fiera y ensangrentada pelea y no desmayar en las batallas que se están librando contra nuestros enemigos.

Luchemos todos con el mayor entusiasmo y con todas las posibilidades, por el triunfo de Cristo. Que Cristo penetre en todos los corazones, pues con esto lograremos el triunfo de la buena causa en todos los órdenes: en el religioso, en el político y en el social. Triunfarán las ideas de orden, triunfarán los sanos ideales, triunfará la política salvadora de los pueblos, y con esto daremos una base firmísima a la sociedad, sobre la cual labra su verdadera progreso y engrandecimiento, y salvaremos a nuestra querida Patria, a nuestra amada España, del abismo a que queremos conducirlos, unos que parece no tienen madre, que no saben lo que es amor...

F. M. B.

¡Qué dulce es la canción que de tu boca con alas blancas a lo azul voló, y que, a la par que lo pasado evocó, mi espíritu, sereno, adormeció!

¡Qué dulce es tu canción Fresca ternura de alborozo, y tristeza y laguides, al invadir mi corazón, turbada el alma me dejó por otra vez.

Y la alondra, la alondra que dormía desde el primer amor dentro de mí; y el nido abandonado que aquí tenía, y en pos de canción volar la vi.

No torneas más a esta mansión de hielo, fugitiva que va tras lo ideal, y traspasa lo azul, penetra al cielo, sumérgete en la luz que hace inmortal.

¡No torneas más! Tu nido abandonado piadoso ha de guardar mi corazón: en él pondré mi sueño más amado...

¡Oh qué dulce, que dulce es tu canción!

Baldino Davalos.

¡Qué dulce es la canción que de tu boca con alas blancas a lo azul voló, y que, a la par que lo pasado evocó, mi espíritu, sereno, adormeció!

¡Qué dulce es tu canción Fresca ternura de alborozo, y tristeza y laguides, al invadir mi corazón, turbada el alma me dejó por otra vez.

Y la alondra, la alondra que dormía desde el primer amor dentro de mí; y el nido abandonado que aquí tenía, y en pos de canción volar la vi.

No torneas más a esta mansión de hielo, fugitiva que va tras lo ideal, y traspasa lo azul, penetra al cielo, sumérgete en la luz que hace inmortal.

¡No torneas más! Tu nido abandonado piadoso ha de guardar mi corazón: en él pondré mi sueño más amado...

¡Oh qué dulce, que dulce es tu canción!

Baldino Davalos.

¡Qué dulce es la canción que de tu boca con alas blancas a lo azul voló, y que, a la par que lo pasado evocó, mi espíritu, sereno, adormeció!

¡Qué dulce es tu canción Fresca ternura de alborozo, y tristeza y laguides, al invadir mi corazón, turbada el alma me dejó por otra vez.

Y la alondra, la alondra que dormía desde el primer amor dentro de mí; y el nido abandonado que aquí tenía, y en pos de canción volar la vi.

No torneas más a esta mansión de hielo, fugitiva que va tras lo ideal, y traspasa lo azul, penetra al cielo, sumérgete en la luz que hace inmortal.

¡No torneas más! Tu nido abandonado piadoso ha de guardar mi corazón: en él pondré mi sueño más amado...

¡Oh qué dulce, que dulce es tu canción!

Baldino Davalos.

DE LA P. L. Calma y cura con BARNOL. FARMACIA MINGUEZ

Desde Los Alcázares

Verbena aristocrática—Certamen de belleza—Concurso de mantones y de baile

El Real Club Náutico del Mar Menor presentaba brillantísimo aspecto la noche del 30 del pasado mes. Iluminado con profusión de focos eléctricos y faros a la veneciana y luciendo como adornos preciosos y artísticas guirnaladas, ofrecía un conjunto deslumbrador.

Puede decirse sin incurrir en exageraciones, que ha celebrado la fiesta más simpática y hermosa de cuantas se han llevado a cabo en esta deliciosa playa. Lo más selecto y distinguido de Cartagena, La Unión, Murcia y las colinas veraniegas vecinas se habían dado cita para concurrir a esta fiesta.

La orquesta del Club y organillos engalanados con verdadero gusto amenizaban el acto e innumerables cohetes surcaban el espacio, anunciando que la verbena había comenzado.

A las diez de la noche, la estancia en el Salón se hacía completamente imposible, había dado comienzo la verbena y el cronista declara ingenuamente que jamás vio tanta muchacha bonita reunida, tal profusión de joyas de la belleza humana adornadas con soberbios mantones de Manila o luciendo variedad de trajes de gitana, de bohemia y de finisimas e irreprochables toilette de Salón.

A las doce de la noche, dió comienzo el certamen de belleza, que obtuvo un éxito brillantísimo. El jurado, constituido por prestigiosas personalidades, declaró con sinceridad lo imposible de la tarea, porque ¿cómo elegir la belleza entre tanta hermosura? Tenemos que reconocer que era una labor difícilísima y por eso hubo de afirmar, que todas las muchachas allí presentes merecían el premio, pero que en la imposibilidad de llenar de ese modo su misión eligían como reina de la belleza a la encantadora señorita Cecilia Waudosell y como corte de la misma con primeros premios, a las no menos encantadoras señoritas Blancaquinta Manzanares, Mercedes Luengo, Enriqueta Gimeno y Lolita Vidal. Un aplauso unánime y entusiasta acogió el veredicto y a los acordes de la Marcha Real subió al trono la reina, del brazo del presidente del Jurado, seguida de su corte y entre los aplausos de la multitud. Fué un momento de emoción extraordinaria y verdaderamente encantadora. Un monumental ramo de flores, en cuya base se leía con caracteres hechos de siempreverivas: «Premio a la belleza. Los Alcázares, 1919» y un precioso espejo biselado, marco de plata y respaldo de finísima caoba, fueron adjudicados a la Reina, y artísticos y elegantes objetos de plata y oro, de una acreditada casa madrileña, a los restantes premios de belleza.

Por último, en cuanto a este certamen he de decir que el Jurado, constituido por don Carlos Soriano, presidente, y los vocales don Justo Aznar, D. José Fontes, D. Agustín Carlos Roca, D. Juan Antonio Carrión, D. Severino Martínez Conde y don Salvador Pascual cumplieron su misión con delicadeza exquisita y teniendo en cuenta lo difícil del asunto no pudieron proceder con una mayor discreción, por lo que haremos piácosos y enhorabuena.

Acto seguido se constituye el Jurado para el concurso de mantones, presidiéndolo la Excmo. Condesa de la Alcañal e integrado por las señoras doña Rosa Bowron de Carmona, D.ª Carmen Salmerón de Carrión, doña María Salmerón de Aznar, doña Irene Cantó de Boler y doña Cipitilde Waudosell de Olmos.

El premio de honor fué concedido a señorita Emma Martínez; primer premio señorita María Navarro; segundo señorita Anita Díaz de Herrera; tercero señorita Angelita López Higuera; cuarto señorita Pepita Gallana; quinto señorita Antonia Martínez; sexto señorita Lolita Carmona y séptimo señorita

El mundo está dividido en dos grandes ejércitos: el ejército del mal, el ejército de Satanás, el ejército de la mala causa, y el ejército del bien, el ejército de Cristo, y el ejército de la buena causa. De uno o de otro será el triunfo, pues la pelea es inevitable, y será de quien nosotros quisiésemos. Los del ejército de Cristo no debemos cruzarnos de brazos y dejar a nuestros enemigos saborear, ni siquiera un instante, el placer de la victoria, pues aunque parece omnipotentes, aunque parece van arrasar todo, con un poco de lucha, con un poco de ánimo, con un poco de esfuerzo, lograremos estralar esa aguja a poco de levantar su vuelo, pues la unión es la que da la victoria, y en ellos no hay unión, no hay conformidad, todo es desorden, y además porque lo malo no puede triunfar.

El más inferior de los soldados de la buena causa, del ejército de Cristo, perfectamente comprometido con estos levantados ideales, sólo pretenda con estas mal vivanadas líneas, ver de su mar algún soldado más, bajo esa inmaculada bandera, despertar y dar la voz de alerta, a los que a pesar de poder hacer mucho están dormidos o adormecidos, y a los que ya se cubijen bajo sus pliegues, animarlos a luchar en la fiera y ensangrentada pelea y no desmayar en las batallas que se están librando contra nuestros enemigos.

Luchemos todos con el mayor entusiasmo y con todas las posibilidades, por el triunfo de Cristo. Que Cristo penetre en todos los corazones, pues con esto lograremos el triunfo de la buena causa en todos los órdenes: en el religioso, en el político y en el social. Triunfarán las ideas de orden, triunfarán los sanos ideales, triunfará la política salvadora de los pueblos, y con esto daremos una base firmísima a la sociedad, sobre la cual labra su verdadera progreso y engrandecimiento, y salvaremos a nuestra querida Patria, a nuestra amada España, del abismo a que queremos conducirlos, unos que parece no tienen madre, que no saben lo que es amor...

F. M. B.

El mundo está dividido en dos grandes ejércitos: el ejército del mal, el ejército de Satanás, el ejército de la mala causa, y el ejército del bien, el ejército de Cristo, y el ejército de la buena causa. De uno o de otro será el triunfo, pues la pelea es inevitable, y será de quien nosotros quisiésemos. Los del ejército de Cristo no debemos cruzarnos de brazos y dejar a nuestros enemigos saborear, ni siquiera un instante, el placer de la victoria, pues aunque parece omnipotentes, aunque parece van arrasar todo, con un poco de lucha, con un poco de ánimo, con un poco de esfuerzo, lograremos estralar esa aguja a poco de levantar su vuelo, pues la unión es la que da la victoria, y en ellos no hay unión, no hay conformidad, todo es desorden, y además porque lo malo no puede triunfar.

El más inferior de los soldados de la buena causa, del ejército de Cristo, perfectamente comprometido con estos levantados ideales, sólo pretenda con estas mal vivanadas líneas, ver de su mar algún soldado más, bajo esa inmaculada bandera, despertar y dar la voz de alerta, a los que a pesar de poder hacer mucho están dormidos o adormecidos, y a los que ya se cubijen bajo sus pliegues, animarlos a luchar en la fiera y ensangrentada pelea y no desmayar en las batallas que se están librando contra nuestros enemigos.

Luchemos todos con el mayor entusiasmo y con todas las posibilidades, por el triunfo de Cristo. Que Cristo penetre en todos los corazones, pues con esto lograremos el triunfo de la buena causa en todos los órdenes: en el religioso, en el político y en el social. Triunfarán las ideas de orden, triunfarán los sanos ideales, triunfará la política salvadora de los pueblos, y con esto daremos una base firmísima a la sociedad, sobre la cual labra su verdadera progreso y engrandecimiento, y salvaremos a nuestra querida Patria, a nuestra amada España, del abismo a que queremos conducirlos, unos que parece no tienen madre, que no saben lo que es amor...

F. M. B.

El mundo está dividido en dos grandes ejércitos: el ejército del mal, el ejército de Satanás, el ejército de la mala causa, y el ejército del bien, el ejército de Cristo, y el ejército de la buena causa. De uno o de otro será el triunfo, pues la pelea es inevitable, y será de quien nosotros quisiésemos. Los del ejército de Cristo no debemos cruzarnos de brazos y dejar a nuestros enemigos saborear, ni siquiera un instante, el placer de la victoria, pues aunque parece omnipotentes, aunque parece van arrasar todo, con un poco de lucha, con un poco de ánimo, con un poco de esfuerzo, lograremos estralar esa aguja a poco de levantar su vuelo, pues la unión es la que da la victoria, y en ellos no hay unión, no hay conformidad, todo es desorden, y además porque lo malo no puede triunfar.

El más inferior de los soldados de la buena causa, del ejército de Cristo, perfectamente comprometido con estos levantados ideales, sólo pretenda con estas mal vivanadas líneas, ver de su mar algún soldado más, bajo esa inmaculada bandera, despertar y dar la voz de alerta, a los que a pesar de poder hacer mucho están dormidos o adormecidos, y a los que ya se cubijen bajo sus pliegues, animarlos a luchar en la fiera y ensangrentada pelea y no desmayar en las batallas que se están librando contra nuestros enemigos.

Luchemos todos con el mayor entusiasmo y con todas las posibilidades, por el triunfo de Cristo. Que Cristo penetre en todos los corazones, pues con esto lograremos el triunfo de la buena causa en todos los órdenes: en el religioso, en el político y en el social. Triunfarán las ideas de orden, triunfarán los sanos ideales, triunfará la política salvadora de los pueblos, y con esto daremos una base firmísima a la sociedad, sobre la cual labra su verdadera progreso y engrandecimiento, y salvaremos a nuestra querida Patria, a nuestra amada España, del abismo a que queremos conducirlos, unos que parece no tienen madre, que no saben lo que es amor...

F. M. B.

El mundo está dividido en dos grandes ejércitos: el ejército del mal, el ejército de Satanás, el ejército de la mala causa, y el ejército del bien, el ejército de Cristo, y el ejército de la buena causa. De uno o de otro será el triunfo, pues la pelea es inevitable, y será de quien nosotros quisiésemos. Los del ejército de Cristo no debemos cruzarnos de brazos y dejar a nuestros enemigos saborear, ni siquiera un instante, el placer de la victoria, pues aunque parece omnipotentes, aunque parece van arrasar todo, con un poco de lucha, con un poco de ánimo, con un poco de esfuerzo, lograremos estralar esa aguja a poco de levantar su vuelo, pues la unión es la que da la victoria, y en ellos no hay unión, no hay conformidad, todo es desorden, y además porque lo malo no puede triunfar.

El más inferior de los soldados de la buena causa, del ejército de Cristo, perfectamente comprometido con estos levantados ideales, sólo pretenda con estas mal vivanadas líneas, ver de su mar algún soldado más, bajo esa inmaculada bandera, despertar y dar la voz de alerta, a los que a pesar de poder hacer mucho están dormidos o adormecidos, y a los que ya se cubijen bajo sus pliegues, animarlos a luchar en la fiera y ensangrentada pelea y no desmayar en las batallas que se están librando contra nuestros enemigos.

Luchemos todos con el mayor entusiasmo y con todas las posibilidades, por el triunfo de Cristo. Que Cristo penetre en todos los corazones, pues con esto lograremos el triunfo de la buena causa en todos los órdenes: en el religioso, en el político y en el social. Triunfarán las ideas de orden, triunfarán los sanos ideales, triunfará la política salvadora de los pueblos, y con esto daremos una base firmísima a la sociedad, sobre la cual labra su verdadera progreso y engrandecimiento, y salvaremos a nuestra querida Patria, a nuestra amada España, del abismo a que queremos conducirlos, unos que parece no tienen madre, que no saben lo que es amor...

F. M. B.

El mundo está dividido en dos grandes ejércitos: el ejército del mal, el ejército de Satanás, el ejército de la mala causa, y el ejército del bien, el ejército de Cristo, y el ejército de la buena causa. De uno o de otro será el triunfo, pues la pelea es inevitable, y será de quien nosotros quisiésemos. Los del ejército de Cristo no debemos cruzarnos de brazos y dejar a nuestros enemigos saborear, ni siquiera un instante, el placer de la victoria, pues aunque parece omnipotentes, aunque parece van arrasar todo, con un poco de lucha, con un poco de ánimo, con un poco de esfuerzo, lograremos estralar esa aguja a poco de levantar su vuelo, pues la unión es la que da la victoria, y en ellos no hay unión, no hay conformidad, todo es desorden, y además porque lo malo no puede triunfar.

El más inferior de los soldados de la buena causa, del ejército de Cristo, perfectamente comprometido con estos levantados ideales, sólo pretenda con estas mal vivanadas líneas, ver de su mar algún soldado más, bajo esa inmaculada bandera, despertar y dar la voz de alerta, a los que a pesar de poder hacer mucho están dormidos o adormecidos, y a los que ya se cubijen bajo sus pliegues, animarlos a luchar en la fiera y ensangrentada pelea y no desmayar en las batallas que se están librando contra nuestros enemigos.

Luchemos todos con el mayor entusiasmo y con todas las posibilidades, por el triunfo de Cristo. Que Cristo penetre en todos los corazones, pues con esto lograremos el triunfo de la buena causa en todos los órdenes: en el religioso, en el político y en el social. Triunfarán las ideas de orden, triunfarán los sanos ideales, triunfará la política salvadora de los pueblos, y con esto daremos una base firmísima a la sociedad, sobre la cual labra su verdadera progreso y engrandecimiento, y salvaremos a nuestra querida Patria, a nuestra amada España, del abismo a que queremos conducirlos, unos que parece no tienen madre, que no saben lo que es amor...

F. M. B.

El mundo está dividido en dos grandes ejércitos: el ejército del mal, el ejército de Satanás, el ejército de la mala causa, y el ejército del bien, el ejército de Cristo, y el ejército de la buena causa. De uno o de otro será el triunfo, pues la pelea es inevitable, y será de quien nosotros quisiésemos. Los del ejército de Cristo no debemos cruzarnos de brazos y dejar a nuestros enemigos saborear, ni siquiera un instante, el placer de la victoria, pues aunque parece omnipotentes, aunque parece van arrasar todo, con un poco de lucha, con un poco de ánimo, con un poco de esfuerzo, lograremos estralar esa aguja a poco de levantar su vuelo, pues la unión es la que da la victoria, y en ellos no hay unión, no hay conformidad, todo es desorden, y además porque lo malo no puede triunfar.

El más inferior de los soldados de la buena causa, del ejército de Cristo, perfectamente comprometido con estos levantados ideales, sólo pretenda con estas mal vivanadas líneas, ver de su mar algún soldado más, bajo esa inmaculada bandera, despertar y dar la voz de alerta, a los que a pesar de poder hacer mucho están dormidos o adormecidos, y a los que ya se cubijen bajo sus pliegues, animarlos a luchar en la fiera y ensangrentada pelea y no desmayar en las batallas que se están librando contra nuestros enemigos.

Luchemos todos con el mayor entusiasmo y con todas las posibilidades, por el triunfo de Cristo. Que Cristo penetre en todos los corazones, pues con esto lograremos el triunfo de la buena causa en todos los órdenes: en el religioso, en el político y en el social. Triunfarán las ideas de orden, triunfarán los sanos ideales, triunfará la política salvadora de los pueblos, y con esto daremos una base firmísima a la sociedad, sobre la cual labra su verdadera progreso y engrandecimiento, y salvaremos a nuestra querida Patria, a nuestra amada España, del abismo a que queremos conducirlos, unos que parece no tienen madre, que no saben lo que es amor...

F. M. B.

El mundo está dividido en dos grandes ejércitos: el ejército del mal, el ejército de Satanás, el ejército de la mala causa, y el ejército del bien, el ejército de Cristo, y el ejército de la buena causa. De uno o de otro será el triunfo, pues la pelea es inevitable, y será de quien nosotros quisiésemos. Los del ejército de Cristo no debemos cruzarnos de brazos y dejar a nuestros enemigos saborear, ni siquiera un instante, el placer de la victoria, pues aunque parece omnipotentes, aunque parece van arrasar todo, con un poco de lucha, con un poco de ánimo, con un poco de esfuerzo, lograremos estralar esa aguja a poco de levantar su vuelo, pues la unión es la que da la victoria, y en ellos no hay unión, no hay conformidad, todo es desorden, y además porque lo malo no puede triunfar.

El más inferior de los soldados de la buena causa, del ejército de Cristo, perfectamente comprometido con estos levantados ideales, sólo pretenda con estas mal vivanadas líneas, ver de su mar algún soldado más, bajo esa inmaculada bandera, despertar y dar la voz de alerta, a los que a pesar de poder hacer mucho están dormidos o adormecidos, y a los que ya se cubijen bajo sus pliegues, animarlos a luchar en la fiera y ensangrentada pelea y no desmayar en las batallas que se están librando contra nuestros enemigos.

Luchemos todos con el mayor entusiasmo y con todas las posibilidades, por el triunfo de Cristo. Que Cristo penetre en todos los corazones, pues con esto lograremos el triunfo de la buena causa en todos los órdenes: en el religioso, en el político y en el social. Triunfarán las ideas de orden, triunfarán los sanos ideales, triunfará la política salvadora de los pueblos, y con esto daremos una base firmísima a la sociedad, sobre la cual labra su verdadera progreso y engrandecimiento, y salvaremos a nuestra querida Patria, a nuestra amada España, del abismo a que queremos conducirlos, unos que parece no tienen madre, que no saben lo que es amor...

F. M. B.

Crux Heredia, adjudicándose también premios a las señoritas Caridad Albaladejo, Milagros Martínez, Carme Sánchez, Bienvenida Espinosa, Elvira Paredes, María Martínez y otras. Fuera de concurso lucían su encantadora hermosura y magníficos mantones las señoritas Pilar García Vaso y Antonia Espinosa. Con preciosos trajes de gitana iban las bellísimas señoritas Amparito Castillo, Maruja Valencia y Carmina Espinosa. Una comparsa llena de gracia y de belleza la formaban las señoritas Adela, Emilia, Aurelia y Gloria Waudosell, Clotildita Olmos, Pepita Poch y Patricia y María Luisa Gaz también.

En el concurso de baile fueron premiadas las señoritas María Luisa Pérez Xambó, Magdalena Saura, Clotildita Olmos, Amparito Castillo, Lolita Carmona, Carlota Aguirre, Pepita Poch y Celia Waudosell.

Distingúronse repartiendo preciosos objetos artísticos, chocolates, bombones y champagne, las preciosas señoritas Cristina Albaladejo y Pepita Gallana.

Entre la concurrencia vimos a las señoras y señoritas de Carmona, López Ambit, Maestro, Anar don (Angel), Guirao, Perez Xambo, Orruma, Alóntara, Saura, Pascual, Carrión (D. J. A.), Romero (D. A.), Olmos, Luengo, Perdomo, viuda de Delgado, Aznar (D. J.), Fontes, Castillo, Soriano, Albaladejo, Molina, Vidal, viuda de Waudosell, Aguirre, Manzanares, Bernal (D. A.), Carrión (D. E.), Guizarro, Soler (D. J.), López Gonzalo, Bowron, Escamez, Díaz de Herrera, Bellogín, Asensio, Sánchez Rojas, Albaladejo, Paredes, Pardo, Lechuga, Martínez (D. A.), Campillo, Bozzo, Maraboto, Gaztambide, Díez (D. F.), Ortiz, Cerdán, Bañón, Martínez García, Reñasco, Plaza, Martínez, Pérez Garra, García, etc.

Tenemos la seguridad de que hemos incurrido en omisiones muy afortunadas por la confusión que reinaba a causa de concurrencia tan extraordinaria. Por ello pedimos perdón.

Bien merece un aplauso la comisión organizadora compuesta de los señores don Luis Piana, don José Saura, don Miguel Guasco, don Teodoro Paredes, don Víctor Pérez, don Luis Cortés, don Miguel Martínez, don Anselmo Bañón, don Antonio Martínez y muy especialmente don Luis Saavedra, que puso toda su atención y exquisito gusto en la realización de esta brillantísima fiesta.

El cronista termina esta reseña con la vista fija en la soberana belleza de Celia Waudosell; en los preciosos ojos de Enriqueta Gimeno; en Blancaquinta Manzanares, que recuerda al tipo clásico de sublime hermosura valenciana; en la sustanciosa figura de Mercedes Luengo y en la ideal Lolita Vidal; y se declara vasallo de sus realezas, rindiendo los homenajes de entusiasta admiración.

X.

El mundo está dividido en dos grandes ejércitos: el ejército del mal, el ejército de Satanás, el ejército de la mala causa, y el ejército del bien, el ejército de Cristo, y el ejército de la buena causa. De uno o de otro será el triunfo, pues la pelea es inevitable, y será de quien nosotros quisiésemos. Los del ejército de Cristo no debemos cruzarnos de brazos y dejar a nuestros enemigos saborear, ni siquiera un instante, el placer de la victoria, pues aunque parece omnipotentes, aunque parece van arrasar todo, con un poco de lucha, con un poco de ánimo, con un poco de esfuerzo, lograremos estralar esa aguja a poco de levantar su vuelo, pues la unión es la que da la victoria, y en ellos no hay unión, no hay conformidad, todo es desorden, y además porque lo malo no puede triunfar.

El más inferior de los soldados de la buena causa, del ejército de Cristo, perfectamente comprometido con estos levantados ideales, sólo pretenda con estas mal vivanadas líneas, ver de su mar algún soldado más, bajo esa inmaculada bandera, despertar y dar la voz de alerta, a los que a pesar de poder hacer mucho están dormidos o adormecidos, y a los que ya se cubijen bajo sus pliegues, animarlos a luchar en la fiera y ensangrentada pelea y no desmayar en las batallas que se están librando contra nuestros enemigos.

Luchemos todos con el mayor entusiasmo y con todas las posibilidades, por el triunfo de Cristo. Que Cristo penetre en todos los corazones, pues con esto lograremos el triunfo de la buena causa en todos los órdenes: en el religioso, en el político y en el social. Triunfarán las ideas de orden, triunfarán los sanos ideales, triunfará la política salvadora de los pueblos, y con esto daremos una base firmísima a la sociedad, sobre la cual labra su verdadera progreso y engrandecimiento, y salvaremos a nuestra querida Patria, a nuestra amada España, del abismo a que queremos conducirlos, unos que parece no tienen madre, que no saben lo que es amor...

F. M. B.

El mundo está dividido en dos grandes ejércitos: el ejército del mal, el ejército de Satanás, el ejército de la mala causa, y el ejército del bien, el ejército de Cristo, y el ejército de la buena causa. De uno o de otro será el triunfo, pues la pelea es inevitable, y será de quien nosotros quisiésemos. Los del ejército de Cristo no debemos cruzarnos de brazos y dejar a nuestros enemigos saborear, ni siquiera un instante, el placer de la victoria, pues aunque parece omnipotentes, aunque parece van arrasar todo, con un poco de lucha, con un poco de ánimo, con un poco de esfuerzo, lograremos estralar esa aguja a poco de levantar su vuelo, pues la unión es la que da la victoria, y en ellos no hay unión, no hay conformidad, todo es desorden, y además porque lo malo no puede triunfar.

El más inferior de los soldados de la buena causa, del ejército de Cristo, perfectamente comprometido con estos levantados ideales, sólo pretenda con estas mal vivanadas líneas, ver de su mar algún soldado más, bajo esa inmaculada bandera, despertar y dar la voz de alerta, a los que a pesar de poder hacer mucho están dormidos o adormecidos, y a los que ya se cubijen bajo sus pliegues, animarlos a luchar en la fiera y ensangrentada pelea y no desmayar en las batallas que se están librando contra nuestros enemigos.

Luchemos todos con el mayor entusiasmo y con todas las posibilidades, por el triunfo de Cristo. Que Cristo penetre en todos los corazones, pues con esto lograremos el triunfo de la buena causa en todos los órdenes: en el religioso, en el político y en el social. Triunfarán las ideas de orden, triunfarán los sanos ideales, triunfará la política salvadora de los pueblos, y con esto daremos una base firmísima a la sociedad, sobre la cual labra su verdadera progreso y engrandecimiento, y salvaremos a nuestra querida Patria, a nuestra amada España, del abismo a que queremos conducirlos, unos que parece no tienen madre, que no saben lo que es amor...

F. M. B.

El mundo está dividido en dos grandes ejércitos: el ejército del mal, el ejército de Satanás, el ejército de la mala causa, y el ejército del bien, el ejército de Cristo, y el ejército de la buena causa. De uno o de otro será el triunfo, pues la pelea es inevitable, y será de quien nosotros quisiésemos. Los del ejército de Cristo no debemos cruzarnos de brazos y dejar a nuestros enemigos saborear, ni siquiera un instante, el placer de la victoria, pues aunque parece omnipotentes, aunque parece van arrasar todo, con un poco de lucha, con un poco de ánimo, con un poco de esfuerzo, lograremos estralar esa aguja a poco de levantar su vuelo, pues la unión es la que da la victoria, y en ellos no hay unión, no hay conformidad, todo es desorden, y además porque lo malo no puede triunfar.

El más inferior de los soldados de la buena causa, del ejército de Cristo, perfectamente comprometido con estos levantados ideales, sólo pretenda con estas mal vivanadas líneas, ver de su mar algún soldado más, bajo esa inmaculada bandera, despertar y dar la voz de alerta, a los que a pesar de poder hacer mucho están dormidos o adormecidos, y a los que ya se cubijen bajo sus pliegues, animarlos a luchar en la fiera y ensangrentada pelea y no desmayar en las batallas que se están librando contra nuestros enemigos.

Luchemos todos con el mayor entusiasmo y con todas las posibilidades, por el triunfo de Cristo. Que Cristo penetre en todos los corazones, pues con esto lograremos el triunfo de la buena causa en todos los órdenes: en el religioso, en el político y en el social. Triunfarán las ideas de orden, triunfarán los sanos ideales, triunfará la política salvadora de los pueblos, y con esto daremos una base firmísima a la sociedad, sobre la cual labra su verdadera progreso y engrandecimiento, y salvaremos a nuestra querida Patria, a nuestra amada España, del abismo a que queremos conducirlos, unos que parece no tienen madre, que no saben lo que es amor...

F. M. B.

El mundo está dividido en dos grandes ejércitos: el ejército del mal, el ejército de Satanás, el ejército de la mala causa, y el ejército del bien, el ejército de Cristo, y el ejército de la buena causa. De uno o de otro será el triunfo, pues la pelea es inevitable, y será de quien nosotros quisiésemos. Los del ejército de Cristo no debemos cruzarnos de brazos y dejar a nuestros enemigos saborear, ni siquiera un instante, el placer de la victoria, pues aunque parece omnipotentes, aunque parece van arrasar todo, con un poco de lucha, con un poco de ánimo, con un poco de esfuerzo, lograremos estralar esa aguja a poco de levantar su vuelo, pues la unión es la que da la victoria, y en ellos no hay unión, no hay conformidad, todo es desorden, y además porque lo malo no puede triunfar.

El más inferior de los soldados de la buena causa, del ejército de Cristo, perfectamente comprometido con estos levantados ideales, sólo pretenda con estas mal vivanadas líneas, ver de su mar algún soldado más, bajo esa inmaculada bandera, despertar y dar la voz de alerta, a los que a pesar de poder hacer mucho están dormidos o adormecidos, y a los que ya se cubijen bajo sus pliegues, animarlos a luchar en la fiera y ensangrentada pelea y no desmayar en las batallas que se están librando contra nuestros enemigos.

Luchemos todos con el mayor entusiasmo y con todas las posibilidades, por el triunfo de Cristo. Que Cristo penetre en todos los corazones, pues con esto lograremos el triunfo de la buena causa en todos los órdenes: en el religioso,